

LOS TRES GRANDES MANDAMIENTOS DEL AMOR



Los tres grandes mandamientos del amor

Los tres grandes mandamientos del amor, Edición de lujo
Copyright © 2020 por Be United in Christ Outreach Ministry
Publicado originalmente en inglés bajo el título:
The Three Great Love Commandments

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

ISBN 978-1-944971-09-0

A menos que se indique lo contrario, las citas de las Escrituras se han tomado de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA) Copyright © 2005 por The Lockman Foundation son usadas con permiso.
www.NuevaBiblia.com

Impreso en los Estados Unidos de América.

**Por favor, visite BeUnitedinChrist.com
para otros recursos basados en la Biblia.**



LOS TRES GRANDES MANDAMIENTOS DEL AMOR



Contenido

Introducción	5
1. Los tres grandes mandamientos del amor	7
Las prioridades amorosas de Dios	8
Ama al Señor tu Dios	10
Ama a tus prójimos	13
Ama a otros cristianos	18
2. El amor en acción	29
Amor desde el principio	30
Caridad cristiana	31
Unidad racial cristiana	32
El amor en la Iglesia primitiva	33
3. Cartas de amor cristianas	37
El amor en las epístolas de Pablo	38
El amor cristiano mutuo en las epístolas generales	63
El amor cristiano mutuo en Apocalipsis	76
4. Ama, ama, ama	79
Amar al Señor nuestro Dios	80
Amar a nuestros prójimos	81
Amar a otros cristianos	81
El Espíritu del amor	82
El poder del Espíritu para amar	83
Conclusión	84
Recursos inspiradores basados en la Biblia	89

Introducción



Introducción

Este libro está escrito para creyentes nacidos de nuevo que aceptan la Biblia como la Palabra de Dios y quieren obedecerla. Y la Palabra de Dios dice que el principal deber de un cristiano es el amor. Debemos amar al Señor nuestro Dios, debemos amar a nuestro prójimo y debemos amar a otros creyentes. Estos tres mandamientos resumen los requisitos del antiguo y nuevo pactos presentados en el Antiguo y Nuevo Testamento.

La mayoría de los cristianos están familiarizados con los dos grandes mandamientos del antiguo pacto: amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mr 12:29-31). Pocos, sin embargo, aprecian el significado del nuevo mandamiento de Cristo que acompaña al nuevo pacto: amar a Sus seguidores como Cristo nos amó (Jn 13:34; 15:12, 17). Por lo tanto, mientras el amor a Dios y al prójimo se presentan en detalle, nuestra obligación de amar a nuestros compañeros creyentes se examina más ampliamente.

Dios es amor, así que Sus hijos deben amar también. «Y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4:7-8). Un cristiano sin amor es una contradicción de términos.

Pero el amor de Dios tiene prioridades, y también las nuestras. Primero amamos al Señor con todo nuestro ser, luego amamos a otros creyentes, cristianos, como Cristo nos amó, y luego amamos a nuestros prójimos incrédulos como a nosotros mismos. Estos son los tres grandes mandamientos del amor.

Capítulo 1

Los tres grandes mandamientos del amor



Los tres grandes mandamientos del amor

La Biblia contiene muchos mandamientos, pero tres son los que más le importan a Dios. Debemos amar al Señor con todo el corazón, debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos y debemos amar a otros creyentes como Cristo nos amó. Estos son los tres grandes mandamientos del amor. Lo sabemos porque Jesús lo dijo.

Tres días antes de Su muerte se le preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Y Él le contestó: “AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODO TU CORAZÓN, Y CON TODA TU ALMA, Y CON TODA TU MENTE. Este es el grande y primer mandamiento”» (Mt 22:36-38). Amar a Dios con todo nuestro ser es el primer mandamiento de las Escrituras.

Luego Jesús añadió: «Y el segundo es semejante a este: AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (Mt 22:39-40). Amar a los demás es un mandamiento que acompaña el amar a Dios, y ambos son necesarios para cumplir con las demandas del Antiguo Testamento.

Dos días después Cristo dijo a Sus discípulos: «Un mandamiento nuevo les doy: “que se amen los unos a los otros”; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros. En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13:34-35). El amor mutuo, como el de Cristo, por otros cristianos es la marca distintiva de un cristiano.

Amar a Dios de todo corazón, amar a otras personas como a nosotros mismos y amar a otros cristianos como Cristo nos amó son los tres grandes mandamientos del amor.

El amor mutuo, como el de Cristo,
por otros cristianos es la marca
distintiva de un cristiano.

Las prioridades amorosas de Dios

Dios es amor, así que el amor es Su prioridad principal. El amor a Dios, a nuestros vecinos incrédulos y a otros creyentes distingue a los salvos de los no salvos, porque cada persona salva tiene el Espíritu Santo dentro de ella, que produce un amor como el de Cristo en cada verdadero hijo de Dios.

Si alguien ama a Dios, ese es conocido por Él (1 Co 8:3).

Recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que lo aman (Stg 1:12; ver también 1 Co 2:9; Stg 2:5; 1 Pe 1:8).

No deban a nadie nada, sino el amarse unos a otros. Porque el que ama a su prójimo, ha cumplido la ley (Rom 13:8).

Si alguien dice: «Yo amo a Dios», pero aborrece a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y este mandamiento tenemos de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4:20-21).

Dios espera que Sus hijos amen como Él lo hace. Pero no quiere que amemos a todos de la misma manera, porque Él tampoco lo hace. El amor de Dios tiene prioridades, y también nuestro amor debe tener prioridades.¹

Ante todo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se aman, porque se merecen el amor del otro. Así que, nosotros también debemos amar a Dios primero y más que a nadie ni a nada. Jesús dijo: «El que ama al padre o a la madre más que a Mí, no es digno de Mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a Mí, no es digno de Mí» (Mt 10:37). Solo Dios merece nuestra principal y única devoción y lealtad. Solo Él merece nuestro amor incondicional.

Después de Sí mismo, Dios ama a Sus hijos redimidos y adoptados. Cuando el Señor mandó las plagas a Egipto, perdonó a Israel, mostrando que «El Señor hace distinción entre Egipto e Israel» (Ex 11:7; 8:22-23). De todas las naciones, Dios hizo a Israel Su «especial tesoro», haciéndolos Sus hijos, escribiendo sus nombres en Sus manos y llamándolos la niña de Sus ojos (Ex 19:5; Is 49:16; Os 11:1-4; Zac 2:8).

Dios también hace una distinción entre los cristianos y los no cristianos, como lo hizo entre Israel y Egipto. Aquellos que reciben al Hijo de Dios se convierten en Sus hijos y reciben todas Sus bendiciones celestiales (Jn 1:12; Ef 1:3). Los que rechazan a Jesús, rechazan a Dios y permanecen condenados en sus pecados (Jn 3:18; 1 Jn 2:23). Como el apóstol Juan escribió: «El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Jn 5:12). Después de Él, Dios ama más a Sus hijos adoptivos, como debemos nosotros también hacerlo (1 Jn 5:1).

Finalmente, Dios ama a los incrédulos. Él satisface sus necesidades físicas y les dice a Sus hijos que también lo hagan. «Pero Yo les digo: amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen, para que ustedes sean hijos de su Padre que está en los cielos; porque Él hace salir Su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5:44-45). De hecho, Dios ama tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en Jesús no perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3:16). No es de extrañar, entonces, que el Señor espere que los creyentes amen a sus prójimos como

a sí mismos, incluso cuando son ingratos y no lo merecen (Lc 6:27-36).

Dios es amor, por eso ama, así también los cristianos deben hacerlo. Pero Dios no ama a todos de la misma manera, y tampoco deberíamos hacerlo nosotros. El Señor se ama primeramente a Sí mismo y nos ordena que hagamos lo mismo. Luego ama a los pecadores salvados y ordena a Sus hijos a que hagan lo mismo. Luego ama a los pecadores no salvos, a los que insta a unirse a Su familia, como deberíamos hacer nosotros. El Señor modela las prioridades que nos ordena tener.

Ama al Señor tu Dios

El mandamiento más importante de la Escritura es amar al Señor nuestro Dios, lo cual debería ser fácil, ya que Él es perfectamente amoroso y maravilloso.

La Escritura dice: «Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces» (Stg 1:17). Todo lo bueno que disfrutamos viene de Dios. Existimos porque Él nos hizo y vivimos porque Él nos sostiene. Él llena nuestro mundo con preciosos colores, sonidos, olores, sabores y texturas. Él llena nuestras vidas con familia, amigos, oportunidades y experiencias. Él protege y entrega, preserva y sana, escucha y responde, perdona y extiende gracia. Nos amó tanto que envió a Su único Hijo a morir por nosotros para que nosotros, los que creemos en Jesús, no perezcamos sino que heredemos la vida eterna. Todo lo bueno en nuestras vidas es un inmerecido regalo de Dios. No hay nadie tan amoroso como nuestro Señor, así que debemos amarlo con gratitud y afecto.

Las acciones amorosas de Dios revelan y nos recuerdan Su maravilloso carácter. El Señor es amoroso, lleno de gracia y bondadoso; compasivo, paciente y perdonador. Es santo, bueno, justo, recto, misericordioso, fiel y verdadero. Dios posee todas las virtudes admirables, todos los rasgos nobles y todas las cualidades atractivas, y las posee y expresa perfectamente. No hay nadie tan maravilloso como nuestro Señor, así que debemos adorarlo y desear pasar tiempo con Él.

Pero no lo hacemos. Debido a la desobediencia de Adán, nacemos egoístas y orgullosos, y nuestro pecado nos hace ingratos y rebeldes. Esperamos que Dios santifique nuestro nombre, expanda nuestro reino y haga nuestra voluntad, olvidando que existimos para Él, no Él para nosotros. Por lo tanto, Dios debe demandar nuestro amor y decirnos cómo amarlo, porque no entendemos cómo es el verdadero amor. El Señor hizo ambas cosas cuando hizo Su pacto con Israel en el monte Sinaí después del éxodo.

El primer mandato de amar a Dios

Amar a Dios se menciona por primera vez en las Escrituras cuando el Señor emitió los Diez Mandamientos a Su pueblo redimido.

Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

No tendrás otros dioses delante de Mí.

No te harás ningún ídolo, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No los adorarás ni los servirás. Porque Yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y muestro misericordia a millares, *a los que me aman y guardan Mis mandamientos* (Ex 20:2-6, énfasis añadido).

Este pasaje revela seis importantes verdades sobre el amor a Dios.

Primero, el Dios que amamos es el *Señor, Yahvé*, que se revela en las Escrituras. El Señor es el Dios Todopoderoso que creó el universo, el Dios personal que hace a los hombres y mujeres a Su imagen, el Dios Santo que inundó la tierra, el Dios misericordioso que preservó la vida de Noé, el Dios misericordioso que llamó a Abraham y el Dios amoroso que envió a Su Hijo para salvarnos al morir por nuestros pecados. No es cualquier dios o poder superior el que debemos amar, sino el Todopoderoso, personal, santo, misericordioso, bondadoso y amoroso Señor que nos hizo y nos salvó para que lo amáramos de todo corazón.

Nosotros amamos porque Él nos amó primero (1 Jn 4:19)

Segundo, el Señor que amamos es *nuestro* Dios, porque Su pueblo disfruta de una relación personal y comprometida con Él. Él es nuestro Redentor quien «nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de Su Hijo amado, en quien tenemos redención: el perdón de los pecados» (Col 1:13-14). Él es nuestro Pastor, quien nos buscó y nos salvó y nos lleva a salvo a casa. Él es nuestro Padre celestial, quien nos da el pan de cada día, perdona nuestros pecados, nos libra de la tentación y nos rescata del maligno. El Dios que exige nuestro amor bien lo merece, pues es nuestro Redentor, Pastor y Padre. «Nosotros amamos porque Él nos amó primero» (1 Jn 4:19).

Tercero, amamos a Dios *exclusivamente*. Solo el Señor es Dios, así que debemos dedicarnos exclusivamente a Él. Rechazamos las falsas religiones y nos negamos a adorar a los ídolos de las posesiones, placeres y logros mundanos.

Hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría (Col 3:5, NVI).

No amen al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos, y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo (1 Jn 2:15-16).

El pueblo de Dios adora y sirve solo a Dios. Vivimos para el Señor y lo amamos por encima de todo y de todos los demás.

Cuarto, nuestra elección de dioses *afecta a nuestras familias*. Los hijos imitan a sus padres, para bien o para mal. Así que, si amamos a algún dios menor como el dinero, el placer o el éxito, entonces nuestros hijos probablemente harán lo mismo, al igual que sus hijos. De esta manera «castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 20:5). Pero si amamos al Señor, entonces nuestros hijos y nietos probablemente también lo harán. Y Dios dice que muestra «misericordia a millares, a los que me aman y guardan Mis mandamientos» (Ex 20:6). Si amamos a nuestras familias, entonces deberíamos amar al Señor y solo a Él.

Quinto, Dios *ama más* a los que le aman. Cuando amamos al Señor, Él *muestra* Su *misericordia* a millares *de generación en generación* (Ex 20:6; Dt 5:9; 7:9). «Misericordia» es la traducción de la palabra hebrea *hesed*, que es el amor leal, fiel y firme de Dios por Su pueblo de pacto—Su «amor que nunca se detiene, nunca se rinde, no se destruye, que es para siempre y por siempre».² Cuando amamos a Dios, Él nos ama infinitamente más.

Sexto, amar a Dios *siempre* implica obediencia.

Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es. *Amarás* al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. *Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón* (Dt 6:4-6, énfasis añadido).

Amarás, pues, al Señor tu Dios, y *guardarás* siempre Sus mandatos, Sus estatutos, Sus ordenanzas y Sus mandamientos (Dt 11:1, énfasis añadido).

Escoge, pues, la vida para que vivas, tú y tu descendencia, *amando* al Señor tu Dios, *escuchando* Su voz y *allegándote* a Él (Dt 30:19-20, énfasis añadido).

Solamente guarden cuidadosamente el mandamiento y la ley que Moisés, siervo del Señor, les mandó, de *amar* al Señor su Dios, andar en todos Sus caminos, *guardar* Sus mandamientos y de *allegarse* a Él y servirle con todo su corazón y con toda su alma (Jos 22:5, énfasis añadido).

El Nuevo Testamento también vincula el amor y la obediencia.

Si ustedes me *aman*, *guardarán* Mis mandamientos (Jn 14:15).

El que *tiene* Mis mandamientos y los *guarda*, ése es el que me *ama*... Si alguien me *ama*, *guardará* Mi *palabra* (Jn 14:21, 23, énfasis añadido).

Si *guardan* Mis mandamientos, permanecerán en Mi *amor*, así como Yo he *guardado* los mandamientos de Mi Padre y permanezco en Su *amor* (Jn 15:10, énfasis añadido).

Porque este es el *amor* de Dios: que *guardemos* Sus mandamientos, y Sus mandamientos no son difíciles (1 Jn 5:3, énfasis añadido).

Si amamos de verdad al Señor, obedeceremos Sus mandamientos. Si nos negamos a obedecer, revelamos que no amamos realmente a Dios (Jn 14:24). La obediencia es el lenguaje del amor de Dios.

El mandamiento más importante de la Biblia es amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas. Debemos amarlo más que a nuestro padre y madre, a nuestro cónyuge e hijos, a nuestros hermanos y hermanas, incluso más que a la vida misma (Lc 14:26). Adoramos solo a Dios. Recordamos con gratitud lo que ha hecho y le agradecemos regularmente lo que hace cada día. Reflexionamos sobre Su carácter perfecto y le adoramos. Leemos Su Palabra para aprender más sobre Él. Oramos a Él y cantamos Sus alabanzas. Nos esforzamos por glorificarle en todo lo que pensamos, sentimos, deseamos y hacemos. Y obedecemos los mandamientos de nuestro Señor, especialmente el de amar a nuestro prójimo y a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Ama a tus prójimos

La Biblia dice que para amar a Dios debemos amar a otras personas. «Porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto» (1 Jn 4:20). Jesús deja incómodamente clara nuestra obligación de amar al prójimo en la parábola del buen samaritano.

Cierto hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, los cuales después de despojarlo y de darle golpes, se fueron, dejándolo medio muerto. Por casualidad cierto sacerdote bajaba por aquel camino, y cuando lo vio, pasó por el otro lado del camino. Del mismo modo, también un levita, cuando llegó al lugar y lo vio, pasó por el otro lado del camino.

Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó.

Al día siguiente, sacando dos denarios se los dio al mesonero, y dijo: «Cúdelo, y todo lo demás que gaste, cuando yo regrese se lo pagaré» (Lc 10:30-37).

El camino de Jerusalén a Jericó tenía veintisiete peligrosos kilómetros y escondía bandidos despiadados que emboscaban a los viajeros, como este desafortunado judío al que desnudaron, golpearon y dejaron por muerto. Desnudo, herido e incapaz de moverse, el pobre hombre seguramente habría muerto a menos que alguien pasara y le ayudara.

Vino un sacerdote, pero cuando vio el cuerpo pasó por el otro lado del camino. Un levita se detuvo y miró fijamente, pero él también abandonó a la víctima para que muriera. Ninguno de los trabajadores religiosos ayudó a su compatriota herido, aunque ambos habrían reconocido que era su prójimo.

Entonces llegó un samaritano, alguien a quien los judíos habrían despreciado como traidor, mestizo y hereje. Vio a una persona necesitada y sintió compasión. Curó sus heridas y lo llevó a una posada, donde lo cuidó y pagó por su recuperación. El samaritano retrasó su viaje, arriesgó su seguridad y sacrificó sus recursos para cuidar a un extraño, y ese extraño era nada menos que un judío. Y todo lo que podía esperar recibir por sus esfuerzos eran futuros gastos y quizás abusos de los judíos de la posada.

El samaritano no consideró la nacionalidad, raza o religión de la víctima. No contó el costo para sí mismo ni esperó ser recompensado. Había una persona necesitada, estaba allí para ayudar, y eso era suficiente. Jesús dijo: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10:37).

¿Quién es mi prójimo?

La pregunta «¿Quién es mi prójimo?» en realidad suele ser: «¿Quién no es mi prójimo? ¿A quién no tengo que amar?». Jesús dijo que nuestro prójimo es cualquiera que Dios ponga en nuestro camino, incluyendo a los extraños y a los forasteros, los injustos y los poco amables, los desagradables y los que no aman, e incluso nuestros enemigos y perseguidores.

Ustedes han oído que se dijo: «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo». Pero Yo les digo: amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen, para que ustedes sean hijos de su Padre que está en los cielos; porque Él hace salir Su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa tienen? ¿No hacen también lo mismo los recaudadores de impuestos? Y si saludan solamente a sus hermanos, ¿qué hacen más que otros? ¿No hacen también lo mismo los gentiles? Por tanto, sean ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mt 5:43-48).

Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué mérito tienen? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos la misma cantidad.

Antes bien, amen a sus enemigos, y hagan bien, y presten no esperando nada a cambio, y su recompensa será grande, y serán hijos del Altísimo; porque Él es bondadoso para con los ingratos y perversos. Sean ustedes misericordiosos, así como su Padre es misericordioso (Lc 6:32-36).

Dios envía la luz del sol y la lluvia a gente buena y mala por igual, y quiere que amemos de manera indiscriminada. El Señor muestra bondad a gente ingrata y malvada y nos dice que hagamos lo mismo. Los cristianos deben amar a todos, como lo hace nuestro Padre, no por cómo son las personas, sino por lo que Él es y por la clase de hijos que Él nos manda ser.

Los creyentes deben ser notablemente diferentes de los incrédulos. Deberíamos destacar porque amamos a nuestros enemigos y oramos por nuestros perseguidores. Amamos a los que no aman y somos amables con los que no son amables. Somos compasivos en lugar de condenar, y somos generosos sin exigir el pago. Nuestro trato a la gente no depende de quiénes son o cómo nos tratan. Debemos ser perfectos, como nuestro Padre en el cielo es perfecto, lo que significa que debemos amar a nuestros vecinos incrédulos, como Él lo hace.

Jesús dijo que nuestro prójimo es
cualquiera que Dios ponga en
nuestro camino

¿Cómo debo amar a mis prójimos?

¿Cómo debemos amar a nuestros prójimos? Como a nosotros mismos. Satisfacemos nuestras necesidades materiales, así que deberíamos satisfacer las necesidades de nuestros prójimos. Consideramos nuestros propios sentimientos, por lo que debemos considerar los sentimientos de los demás. Oramos por nosotros mismos, así que deberíamos orar por los demás. Cuidamos nuestras almas, así que debemos preocuparnos por la condición espiritual de nuestros prójimos. Dios hace del amor propio la norma del amor al prójimo, deberíamos hacer por los demás lo que hacemos por nosotros mismos.

La regla de oro es una variación de este principio. Jesús dijo: «Haz a los demás lo que quieras que te hagan a ti. Esta es la esencia de todo lo que se enseña en la ley y los profetas» (Mt 7:12; ver también Lc 6:31). Queremos respeto, así que debemos respetar a los demás. Queremos que la gente nos escuche, así que deberíamos escucharlos. Apreciamos la amabilidad y la ayuda, así que debemos ser amables y serviciales.

Del mismo modo, no debemos maltratar a los demás, porque no nos gusta que nos maltraten. No apreciamos ser ignorados, así que no debemos ignorar a nuestros prójimos. No queremos que nuestros prójimos nos engañen, calumnien o se aprovechen de nosotros, así que no debemos hacerles estas cosas terribles. Odiamos cuando la gente se burla de nosotros, así que no debemos ridiculizarlos. Negativamente, evitamos hacer lo que no queremos que nos hagan. Positivamente, hacemos lo que queremos que otros hagan por nosotros.

Dios hace las cosas simples. Debemos amar de cualquier manera posible a todos los que conocemos. Empezamos por notarlos y reconocerlos con una sonrisa y un saludo. Escuchamos atentamente y hablamos con amor. Somos pacientes y amables, cuidadosos y compasivos. Le preguntamos a Dios: «¿Cómo puedo ayudar a esta persona? Tú la pusiste en mi camino, así que, ¿qué quieres que haga por ella en Tu nombre?».

Entonces hacemos lo que el Espíritu nos dirige hacer. Damos generosamente y servimos con sacrificio. Compartimos una palabra de aliento o ofrecemos una palabra de consejo. Ofrecemos orar con ellos, y oramos por ellos. Hacemos pequeñas cosas con gran amor y estamos listos para hacer grandes cosas cuando el amor lo exige. Tratamos de compartir las buenas noticias sobre Jesús e invitarlos a la iglesia.

Y si son rudos o sarcásticos, seguimos siendo corteses y sinceros. Sufrimos lo insufrible, nos compadecemos de los miserables, y mostramos misericordia por todos, porque el Señor es paciente, compasivo y misericordioso con nosotros. Dios nos perdona, así que perdonamos a los demás. Jesús cargó con nuestros pecados, así que soportamos las fallas de los demás. No podemos negarnos a amar a nadie, porque todos son nuestros prójimos, a quienes debemos amar como a nosotros mismos.

¿Por qué amar a mi prójimo?

Es difícil amar a gente que no es digna de ser amada, amar a personas que no nos quieren no es fácil. Así que, ¿por qué molestarse? ¿Por qué no simplemente amar a los que nos gustan y evitar a los que no? La Biblia nos da al menos siete razones.

Primero, la Escritura dice «ama a tu prójimo» no menos de diez veces (Lv 19:18; Mt 5:43; Mt 19:19; Mt 22:39; Mr 12:31; Lc 10:27; Rom 13:8; Rom 13:9; Gal 5:14; Stg 2:8). Negarse a amar es desobedecer y desafiar a Dios.

En segundo lugar, la Escritura dice que amar a nuestro prójimo es «semejante» que amar a Dios (Mt 22:39). Es «la ley real» (Stg 2:8), que *resume* y *cumple* toda la ley (Rom 13:8, 9; Gal 5:14). Amar al prójimo es un mandamiento de importancia crucial.

Tercero, los hijos de Dios deberían ser como Él. Cuando amamos a nuestros enemigos, oramos por nuestros perseguidores, y hacemos el bien a gente mala e injusta, estamos actuando como verdaderos hijos de nuestro Padre en el cielo (Mt 5:44-45). Cuando somos generosos y amables con gente ingrata y malvada, estamos actuando como «hijos del Altísimo» (Lc 6:35). Debemos ser «misericordiosos, así como [nuestro] Padre es misericordioso» (Lc 6:36).

Cuarto, Dios nos recompensa cuando amamos a gente que no ama. «Si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa tienen?» (Mt 5:46). «Antes bien, amen a sus enemigos, y hagan bien, y presten no esperando nada a cambio, y su recompensa será grande» (Lc 6:35).

Quinto, amamos a las personas por causa de Dios. Cada persona fue formada personalmente por Dios, así que amamos la creación de nuestro Señor. Cada persona lleva la imagen de Dios, así que amamos la semejanza de nuestro Señor en ellos. Y Dios ama tanto a los pecadores que envió a Su Hijo a morir por ellos. Así que, si Él ama tanto a nuestros prójimos, nosotros debemos amarlos también.

Sexto, debemos amar a nuestros prójimos porque amamos a nuestro Señor. Dios nos dice que le amemos a Él amando a los demás. Por eso, los Diez Mandamientos se relacionan primero con Dios (mandamientos 1-4) y luego con los demás (mandamientos 5-10). Por eso, Jesús dijo que toda la ley y todas las exigencias de los profetas dependen de «estos dos mandamientos» (Mt 22:40). Para amar a Dios, debemos amar a nuestro prójimo. Así que, nuestro amor por nuestro Señor debe motivarnos a amar a los demás por Su causa.

Séptimo, nuestro amor al prójimo le ayuda a amar a Dios. Como hijos de Dios, representamos a nuestro Padre ante el mundo. Como cuerpo de Cristo, la Iglesia ama a los demás en Su nombre. Como templos del Espíritu Santo, atraemos a otros a Dios expresando Su santidad, bondad y amor en formas que ellos pueden atestiguar. Dios ama a nuestro prójimo a través de nosotros para que se entreguen a Cristo como nosotros lo hicimos. El amor cristiano mutuo y la unidad basada en el amor son esenciales para el plan de Dios de difundir el evangelio.

Durante Su última visita al templo, Jesús dijo que todas las demandas del Antiguo Testamento se basan en dos mandatos.

Y Él le contestó: «AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODO TU CORAZÓN, Y CON TODA TU ALMA, Y CON TODA TU MENTE». Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este: «AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO». De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas (Mt 22:37-40).

Amar a Dios de todo corazón y amar al prójimo como a nosotros mismos son los dos mandamientos fundacionales del antiguo pacto.

La noche antes de morir, el Señor anunció el nuevo pacto y dio un nuevo mandamiento a Sus discípulos: «que se amen los unos a los otros; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros» (Jn 13:34; 15:12, 17). Amar a otros cristianos tan desinteresada y sacrificialmente como Cristo nos amó es el nuevo mandamiento del nuevo pacto y el tercer gran mandamiento de amor en las Escrituras.

Ama a otros cristianos

Dios nos dice que amemos al prójimo, pero quiere que amemos más a otros cristianos. Los cristianos tienen una mayor obligación de amarse los unos a los otros que de amar a sus prójimos, así como las familias tienen la responsabilidad de cuidar de su familia antes que a los extraños. Como el apóstol Pablo escribe: «Así que entonces, hagamos bien a todos según tengamos oportunidad, y *especialmente* a los de la familia de la fe» (Gal 6:10, Rom 8:3, énfasis añadido).

Dar prioridad a los creyentes no es desamor a los no creyentes, porque nuestro amor mutuo ayuda a llevarlos a Cristo. Esto es en parte por lo que Jesús dio a Sus discípulos el nuevo mandamiento cuando estableció el nuevo pacto. La Gran Comisión asume el nuevo pacto y depende del nuevo mandamiento. Para amar mejor a nuestro prójimo no cristiano, debemos amar primero a otros cristianos, y al hacerlo demostramos nuestro amor incondicional a Dios.

El antiguo y el nuevo pacto

El *antiguo pacto* se refiere a la relación formal que Dios estableció con Israel en el monte Sinaí después de liberarlos de Egipto. El Señor sería su Dios y ellos serían Su pueblo. La parte de Dios era bendecir y protegerlos, darles la tierra santa y vivir entre ellos. Su parte era obedecer los mandamientos del Señor, lo cual prometieron repetidamente hacer (Ex 19:8; 24:3, 7).

Sin embargo, el Señor sabía que Israel no obedecería. Su naturaleza caída era demasiado pecaminosa para guardar Sus leyes por mucho tiempo. Este era el problema con el antiguo pacto mosaico. «Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne» (Rom 8:3). Como el apóstol Pablo explicó, los mandamientos de Dios son sabios y justos, pero somos demasiado rebeldes para obedecerlos. «Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido a la esclavitud del pecado» (Rom 7:14).

La única manera de que el pueblo de Dios fuera una comunidad santa, amorosa y unida era que Él les diera nuevos corazones. Así que prometió hacerlo incluso antes de que Israel entrara en la tierra prometida. Como Moisés declaró: «Además, el Señor tu Dios circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas» (Dt 30:6).

Israel también necesitaba el perdón de sus pecados, la limpieza de su naturaleza pecaminosa y la continua habilidad que Dios le dio para obedecer Sus mandatos. Así que, el Señor prometió proveer esto también.

Entonces los rociaré con agua limpia y quedarán limpios; de todas sus inmundicias y de todos sus ídolos los limpiaré. Además, les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré dentro de ustedes Mi espíritu y haré que anden en Mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente Mis ordenanzas (Ez 36:25-27).

Por último, para amar a Dios y a los demás, todos en la comunidad tendrían que conocer al Señor personalmente, entender Su voluntad y ser liberados de sus pecados. Y Dios reveló que también concedería estas bendiciones.

«Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días», declara el Señor. «Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo. No tendrán que enseñar más cada uno a su prójimo y cada cual a su hermano, diciéndole: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande», declara el Señor, «pues perdonaré su maldad, y no recordaré más su pecado» (Jer 31:33-34).

Dios prometió, por Su gracia, proveer todo lo que Su pueblo necesitaba para vivir en amor con Él y con los demás.

El perdón, la limpieza espiritual, la renovación del corazón, el Espíritu Santo, el conocimiento de Dios, estas y otras bendiciones del nuevo pacto vendrían a través del sufrimiento del Siervo de Dios, que uniría al pueblo de Dios y luego reinaría

como su Rey (Is 53; Ez 37). Jesús fue el Mesías prometido por Dios desde hace mucho tiempo. Él cumplió el antiguo pacto mosaico y estableció el nuevo pacto en Su sangre. Y con este nuevo pacto, Cristo dio un nuevo mandamiento destinado a unir e identificar a Su pueblo del nuevo pacto y atraer a otros para que se unan a Él y a Su comunidad. Cristo quiere que el amor desinteresado y mutuo de Sus seguidores atraiga a otros para que se conviertan en Sus seguidores.

El nuevo mandamiento

Jesús pasó la noche antes de Su crucifixión preparando a Sus discípulos para Su inminente partida. Mientras celebraban juntos la Pascua, Jesús anunció que Su muerte establecería el nuevo pacto de Dios.

De la misma manera tomó la copa después de haber cenado, diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre, que es derramada por ustedes» (Lc 22:20).

Siglos de sacrificios habían enseñado a Israel que «sin el derramamiento de sangre, no hay perdón» (Heb 9:22). Dios estaba preparando a Su pueblo para recibir la buena noticia de que «Por eso Cristo es el mediador de un nuevo pacto, a fin de que habiendo tenido lugar una muerte para la redención de las transgresiones que se cometieron bajo el primer pacto, los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna» (Heb 9:15).

Dios amaba tanto al mundo que envió a Su único Hijo para salvarlo. El Hijo amó tanto al Padre que se sometió humildemente a Su voluntad y se sacrificó por los pecadores. Un amor tan maravilloso debería haber humillado a los discípulos para que sirvieran sacrificialmente a los demás como lo hizo su Señor, pero no fue así. En cambio, «Surgió también entre ellos una discusión, sobre cuál de ellos debía ser considerado como el mayor» (Lc 22:24). Los apóstoles tuvieron el mismo debate el año anterior, e incluso la semana anterior (Mr 9:33-37; 10:32-45). Ahora, con su Señor a punto de irse, estaban en ello otra vez.

Cristo realizó un acto de servicio que los siervos judíos podían negarse a hacerlo. Incluso lavó los pies de Judas.

Así que Cristo los corrigió de nuevo.

Pero no es así con ustedes; antes, el mayor entre ustedes hágase como el menor, y el que dirige como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No lo es el que se sienta a la mesa? Sin embargo, entre ustedes Yo soy como el que sirve (Lc 22:26-27).

Entonces, el Señor les enseñó una lección de servicio humilde y amor desinteresado que nunca olvidarían.

Jesús «se levantó de la cena y se quitó el manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida» (Jn 13:4-5). Cristo realizó un acto de servicio que los siervos judíos podían negarse a hacerlo. Incluso lavó los pies de Judas. Judas traicionó a Jesús con los pies limpios mientras los del Señor quedaron sin lavar, ya que ninguno de los discípulos pensó en lavarlos.

Volviendo a la cabecera de la mesa, Jesús explicó Sus acciones a Sus discípulos. «Pues si Yo, el Señor y el Maestro, les lavé los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que como Yo les he hecho, también ustedes lo hagan» (Jn 13:14-15). No hay ningún acto de servicio demasiado humilde para los que sirven a un Señor que lava los pies, y no hay ningún creyente al que podamos negarnos a servir ya que el Salvador lavó incluso los pies de Su traidor. Mientras sus húmedos pies se secaban, Jesús hizo otra demanda a Sus discípulos.

«Un mandamiento nuevo les doy: “que se amen los unos a los otros”; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros. En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13:34-35). Jesús volvió a dar esta orden dos veces esa noche, y Juan la repitió más tarde tres veces.

Este es Mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, así como Yo los he amado (Jn 15:12).

Esto les mando: que se amen los unos a los otros (Jn 15:17).

Porque este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio: que nos amemos unos a otros (1 Jn 3:11).

Y este es Su mandamiento: que creamos en el nombre de Su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros como Él nos ha mandado (1 Jn 3:23).

Ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor: que andemos conforme a Sus mandamientos. Este es el mandamiento tal como lo han oído desde el principio, para que ustedes anden en él (2 Jn 5-6).

El amor entre los cristianos es de suma importancia para Cristo y Su Padre. Pero el mandamiento de amor no era en sí mismo nuevo. Jesús ya había declarado que amar a Dios y amar al prójimo son los grandes mandamientos del antiguo pacto. Lo novedoso de Su nuevo mandamiento es su enfoque, su estándar, su contexto, su significado y su habilitación.

El *nuevo enfoque* es el amor mutuo que los discípulos de Cristo deben mostrarse unos a otros. Cada cristiano está comisionado por Cristo a amar a otros cristianos simplemente porque son cristianos. Si alguien es creyente, entonces Jesús nos ordena que lo amemos, sin importar quiénes son, lo que nos han hecho o si nos aman a cambio. Los cristianos deben amar a otros cristianos. Punto.

El *nuevo estándar* es el humilde, incondicional, desinteresado, sacrificado y entregado amor que Cristo mostró a Sus discípulos. Jesús lavó los pies de Sus discípulos, así que debemos servirnos humildemente unos a otros. Él los amó a pesar de sus fracasos y defectos, así que debemos amar a otros creyentes incondicionalmente como nuestro Salvador lo hizo. Jesús dio Su vida desinteresada y sacrificialmente por nosotros, y nos dijo que hiciéramos lo mismo por Sus seguidores.

Este es Mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, así como Yo los he amado. Nadie tiene un amor mayor que este: que uno dé su vida por sus amigos. Ustedes son Mis amigos si hacen lo que Yo les mando (Jn 15:12-14).

Como todo cónyuge y padre sabe, el amor requiere sacrificio. Jesús nos dice que hacer sacrificios personales por otros cristianos es parte esencial de ser cristiano. Para ser un verdadero seguidor de Cristo debemos amar a los seguidores de Cristo tan humilde, incondicional, desinteresada y sacrificialmente como Él lo hizo, sin buscar nada a cambio de manera egoísta. Jesús amó a Sus discípulos más que a Sus prójimos, y nos dice que sigamos Su ejemplo. Amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, pero amamos a otros creyentes como Cristo nos amó. El estándar es más alto, ya que la relación es más íntima y lo que está en juego es más significativo.

El *nuevo contexto* es el nuevo pacto que Cristo estableció a través de Su muerte en la cruz. Las demandas del antiguo pacto se basaban en el amor a Dios y al prójimo. El nuevo pacto viene con un solo mandamiento explícito: amar a otros cristianos. El mundo debería ser capaz de reconocer a aquellos que pertenecen a la comunidad del nuevo pacto de Cristo por su amor que es como el amor de Cristo por los demás. El amor cristiano mutuo valida el discipulado.

Esto explica el *nuevo significado* del nuevo mandamiento: que identifica para el mundo a los discípulos de Cristo. Jesús dijo: «En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13:35). Cualquiera puede afirmar que es cristiano, pero solo aquellos que aman a otros cristianos de manera desinteresada, sacrificada y visible pueden convencer al mundo de que su afirmación es verdadera. Aquellos que profesan ser seguidores de Cristo pero se niegan a amar a otros cristianos se desenmascaran como fraudes y falsos discípulos.

Finalmente, la *nueva habilitación* viene del Espíritu Santo, que mora y da poder a los

creyentes para obedecer los mandamientos de Dios, incluyendo el nuevo mandamiento del amor cristiano que es como el de Cristo. La obediencia era esperada tanto en el antiguo como en el nuevo pacto, ya que la obediencia es una forma esencial de mostrar nuestro amor por Dios. Sin embargo, solo el nuevo pacto provee el Espíritu, que hace posible la obediencia. Es el Espíritu Santo quien nos hace capaces de amar a otros cristianos como Cristo nos amó, porque el amor es el principal fruto del Espíritu (Gal 5:22).

El amor es la prioridad de Cristo

Jesús pasó Su última noche preparando a Sus discípulos para ministrar en Su ausencia, y Su principal mensaje para ellos fue el amor. En Su último discurso a Sus discípulos en Juan 13-17, Jesús mencionó el amor treinta y cuatro veces. Estos capítulos empiezan con el amor del Hijo y terminan con el del Padre (Jn 13:1; 17:26), poniendo de manifiesto las repetidas órdenes de Jesús de que amemos.

[Jesús] habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn 13:1).

Un mandamiento nuevo les doy: «que se amen los unos a los otros»; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros. En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros (Jn 13:34-35).

Si ustedes me aman, guardarán Mis mandamientos (Jn 14:15).

El que tiene Mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por Mi Padre; y Yo lo amaré y me manifestaré a él (Jn 14:21).

Si alguien me ama, guardará Mi palabra; y Mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos con él morada. El que no me ama, no guarda Mis palabras (Jn 14:23-24).

Pero para que el mundo sepa que Yo amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago (Jn 14:31).

Como el Padre me ha amado, así también Yo los he amado; permanezcan en Mi amor. Si guardan Mis mandamientos, permanecerán en Mi amor, así como Yo he guardado los mandamientos de Mi Padre y permanezco en Su amor (Jn 15:9-10).

Este es Mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, así como Yo los he amado. Nadie tiene un amor mayor que este: que uno dé su vida por sus amigos (Jn 15:12-13).

Esto les mando: que se amen los unos a los otros (Jn 15:17).

Pues el Padre mismo los ama, porque ustedes me han amado y han creído que Yo salí del Padre (Jn 16:27).

Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo sepa que Tú me enviaste, y que los amaste tal como me has amado a Mí. Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que vean Mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (Jn 17:23-24).

Yo les he dado a conocer Tu nombre, y lo daré a conocer, para que el amor con que me amaste esté en ellos y Yo en ellos (Jn 17:26).

Jesús amó a Sus discípulos mientras estuvo entre ellos. Cuando llegó el momento de volver al Padre, ordenó a Sus discípulos que se amaran unos a otros. Les dijo que si realmente lo amaban a Él y a Su Padre, obedecerían Sus órdenes, incluyendo el amarse unos a otros. Si los discípulos obedecían, el Padre los amaría y se revelaría a ellos. Entonces, un día estarían con Cristo disfrutando del amor del Padre para siempre.

La unidad cristiana y la evangelización

Cuando el mundo ve a los cristianos amándose humilde, desinteresada y sacrificialmente, los reconocen como discípulos de Cristo (Jn 13:35). Y cuando el mundo ve a diversos creyentes unidos en Cristo, pueden creer que Dios realmente envió a Jesús y que ama a los discípulos de Jesús como a Su Hijo (Jn 17:21, 23). El amor mutuo y la unidad visible son expresiones del evangelio que tienen un efecto poderoso para alcanzar a los que no creen.

Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el nombre que me has dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno (Jn 17:11).

Pero no ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno. Como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste (Jn 17:20-21).

La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo sepa que Tú me enviaste, y que los amaste tal como me has amado a Mí (Jn 17:22-23).

Jesús envió a Sus discípulos al mundo para difundir Su evangelio. Él oró para que todos los que creyeran en Su mensaje fueran uno, ya que nuestra identidad en Cristo tiene prioridad sobre cualquier otro aspecto de lo que somos. Pero cuando los creyentes se dividen, desacreditan el mensaje que Jesús les dejó para que lo proclamaran. La unidad cristiana basada en el amor es, por lo tanto, esencial para una evangelización efectiva.

Uno en el Señor

Tendemos a pensar en el cristianismo como una relación personal con Dios Padre a través de Jesús el Hijo. Pero todos los que están relacionados con Cristo también están relacionados con la Iglesia de Cristo, lo que significa que están relacionados con todos los demás cristianos. Las Escrituras utilizan muchas imágenes para describir la comunidad cristiana a la que cada creyente pertenece.

Todos somos hijos de la familia de Dios.

Todos somos ciudadanos del Reino de Dios.

Todos somos parte del templo del Espíritu.

Todos somos miembros del cuerpo de Cristo.

Todos somos ovejas en el rebaño de Cristo.

Todos somos ramas que permanecen en Cristo, la vid.

Todos somos siervos del mismo Maestro.

Una familia, un reino, un templo, un cuerpo, un rebaño, una vid, un Maestro—todos estamos unidos en Cristo sin importar nuestra raza, género o estatus social. «No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús» (Gal 3:28).

Una familia, un reino, un templo, un cuerpo, un rebaño, una vid, un Maestro

Jesús reconcilia a los creyentes de cada nación, tribu, pueblo y lengua (Ap 5:9). Categorías como la etnia, la personalidad, la generación y la denominación nos distinguen pero no se debe permitir que nos dividan. Nuestra armoniosa diversidad debería glorificar a nuestro Dios, que es tres en uno. Tal unidad integral debería presentar un argumento convincente a favor de la verdad y del poder del evangelio a nuestro mundo conflictivo y dividido.

La unidad cristiana y la Gran Comisión

Después de Su resurrección, Jesús comisionó a Sus discípulos para hacer discípulos de todas las naciones.

Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado (Mt 28:19-20).

Esta Gran Comisión tiene importantes implicaciones para la unidad cristiana basada en el amor.

Una parte crítica de la misión de la Iglesia es *hacer discípulos*. Un *discípulo* es un seguidor de Jesucristo, alguien que cree en lo que Jesús dijo, obedece lo que mandó e imita cómo vivió. Los discípulos de Jesús lo siguen en comunidad. Nos ayudamos mutuamente a creer, obedecer e imitar a Cristo. También trabajamos juntos para *hacer* nuevos discípulos, instando a la gente a arrepentirse de su pecado, abrazar a Jesús como su Salvador y comprometerse a seguirlo como su Señor, como hemos hecho nosotros.

La capacidad de hacer discípulos viene del Espíritu Santo, que da poder a los discípulos de Jesús para ser Sus testigos, tanto individual como colectivamente (Hch 1:8). Pero la gente solo recibirá nuestro testimonio si son testigos de nuestro amor. De lo contrario no nos reconocerán como los verdaderos discípulos de Jesús (Jn 13:35). Si estamos divididos, el mundo no creerá que el Padre envió al Hijo o que ama a los discípulos de Su Hijo (Jn 17:21-23). ¿Por qué los incrédulos deben creer la buena noticia del amor de Dios en Cristo si no tenemos amor? Cuando los cristianos peleamos, alejamos a los no cristianos de Cristo. La credibilidad del evangelio depende de la unidad de los cristianos.

Además, la unidad cristiana debe incluir a personas de todas las culturas, razas e idiomas, ya que nuestra misión se extiende a *todas las naciones*. Los cristianos no pueden discriminar a nadie, porque Dios ofrece Su evangelio indiscriminadamente a todos. Ningún lugar en la tierra debe unificar a gente tan diversa como lo hace la iglesia, porque por medio de la sangre de Cristo Dios compró «a gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Ap 5:9).

Sin embargo, nuestra unidad no debe ser exclusiva. A los cristianos no se les permite apartarse o aislarse del mundo, porque Cristo nos ordena que *vayamos* y hagamos discípulos. Debemos llegar a los no creyentes en nuestras comunidades, lugares de trabajo, vecindarios y escuelas. Debemos invitar a los desamparados y necesitados a unirse a la familia de Dios. Debemos enviar misioneros a los confines de la tierra, porque antes de que Cristo regrese «el evangelio debe ser predicado a todas las naciones» (Mr 13:10). Nuestras comuniones no solo deben ser amorosas y unificadas, sino también agradables y acogedoras.

Hacer discípulos implica *bautizarlos*, lo que simboliza su identificación con Cristo y Su iglesia. Cada cristiano es un miembro del cuerpo de Cristo, y «a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Co 12:7). Dios quiere que los creyentes vivan en comunidad unos con otros, usando sus dones y recursos para servir, bendecir y edificarse unos a otros.

Finalmente, debemos enseñar a los discípulos de Cristo a *obedecer* todos Sus mandatos. Jesús espera que Sus seguidores sigan Sus órdenes. «¿Por qué ustedes me llaman: “Señor, Señor”, y no hacen lo que Yo digo?» (Lc 6:46). Y nuestro Señor dijo que debemos obedecer los tres grandes mandamientos de amor. Por lo tanto, los creyentes deben enseñar a los nuevos discípulos cómo amar a Dios de todo corazón, a sus prójimos como a sí mismos y a otros cristianos como Cristo nos amó.

La Gran Comisión expresa amor en muchos niveles.

Dios amó tanto al mundo que envió a Su Hijo para salvar a los que creen en Él y se convierten en Sus discípulos.

El Hijo amó tanto al Padre que vino y cumplió sacrificialmente la voluntad de Su Padre.

Jesús amó a Sus discípulos e hizo de Su amor sacrificial por ellos Su norma para amarse unos a otros.

Los discípulos de Jesús lo aman y obedecen Sus mandamientos, así que van y hacen discípulos de todas las naciones.

El amor desinteresado, sacrificado y generoso por otros cristianos identifica a los discípulos de Jesús y valida el mensaje del evangelio para hacer discípulos de todas las naciones.

Los discípulos de Jesús enseñan a sus discípulos a obedecer Sus mandamientos, especialmente los tres grandes mandamientos de amor.

El amor es el motivo, el medio y la meta de la Gran Comisión. Hacemos discípulos porque amamos a nuestro Señor. Lo hacemos amándonos como Cristo nos amó, lo que atrae a otros a Cristo. Y como resultado, más y más gente vive en un amor cada vez más grande hasta que Cristo regrese y vivamos con Dios en perfecto amor y unidad para siempre. La base, el método y el resultado de la Gran Comisión es el amor.